

La magia del kamishibai

Por Cornelio Reyes Medina

*"Si siempre haces lo que siempre has hecho,
siempre obtendrás lo que siempre has tenido".*

Steven Hayes

La experiencia de ser maestro se disfruta y se padece, se inventa y se reinventa, tiene historia y también futuro. Nuestra labor no es fácil como se cree, pues esta conlleva una responsabilidad que debe ser asumida con profesionalismo, sensibilidad, comprensión, tolerancia y paciencia, para poder atender las necesidades de aprendizaje de los y las alumnas. Desde que el coronavirus llegó a instalarse en nuestro mundo ha transcurrido poco más de un año, en este lapso de tiempo la experiencia del confinamiento que hemos vivido ha ido transformando las distintas realidades de nuestra vida: en el trabajo, la vida familiar, la vida social, política y económica; sin dejar de mencionar la educación.

En este contexto, la situación de la educación escolar se ha visto desafiada y cuestionada de múltiples maneras. Nos vimos enfrentados a encontrar una nueva forma de ejercer nuestro "rol docente" y a "repensar" lo que veníamos haciendo hasta el momento. Es así que, con dudas, pero con optimismo, comparto mi experiencia, con la finalidad de reflexionar y quizá arribar a unas primeras conclusiones sobre cómo esta pandemia ha impactado en mi rol como docente.

Actualmente laboro como profesor de la asignatura de español en la Escuela Secundaria General Ignacio Manuel Altamirano, ubicada en Río Grande Zacatecas. La institución cuenta con 710 alumnos distribuidos en dos turnos: 554 en el matutino y 156 en el vespertino. Si bien los alumnos convergen en las mismas instalaciones; el contexto entre un turno y el otro es completamente distinto. En el turno matutino, en el cual me desempeño, la mayoría de los alumnos son hijos de padres profesionistas o emprendedores, con negocios propios, con un buen nivel socioeconómico, lo que hace que la exigencia académica por parte de los alumnos y padres de familia sea mayor; como maestros siempre enfrentamos un constante desafío para buscar las mejores estrategias para el beneficio del aprendizaje de los alumnos.

El 19 de marzo del 2020, recuerdo con exactitud, se nos dio la indicación tajante de que las clases se suspenderían hasta nuevo aviso, ello debido a que el coronavirus se

acercaba cada vez más a nuestro país, estado o municipio; convirtiéndose finalmente en pandemia. Se nos pidió, entonces, realizar una serie de actividades (planeación apresurada), para entregárselas a los alumnos, para que ellos, a su vez, las realizaran en sus casas. Mi planeación apresurada fue una impresión de tres hojas tamaño oficio en las que “según mi apreciación”, explicaba claramente y a detalle cada una de las actividades a realizar durante los 15 días restantes antes de las vacaciones de semana santa.

El seguimiento se realizó vía WhatsApp, lo que implicó, de primera instancia, conseguir los números de teléfono de mis 210 alumnos, proporcionar mi número telefónico y ser bombardeado con un cúmulo de llamadas y mensajes a todas horas del día, incluso hasta las 11 o 12 de la noche. No se respetaba mi horario de trabajo pre establecido con los alumnos y padres de familia. Fue frustrante. Trabajaba prácticamente todo el día. No tenía tiempo para mí. Me sentía esclavizado. Había perdido el control de mis días.

El regreso a clases fue tardío. Las máximas autoridades educativas planeaban la forma más adecuada para retornar a las aulas. Se tenía la creencia de que la pandemia duraría poco. No fue sino hasta el mes de mayo que se nos informó que las clases se reanudarían, pero con la peculiaridad de que serían en línea usando la plataforma Classroom; se nos indicó que nos facilitarían las claves y correos prediseñados de cada uno de nuestros alumnos, que las esperaríamos para poder comenzar. Pues bien, las claves y correos no llegaban, y ya era momento de reanudar las clases. Al mismo tiempo se nos capacitaba mediante “webinars” sobre el uso de la plataforma Classroom; mi cabeza luchaba por saber qué significaban todos esos términos nuevos para mí: G suit, cuenta institucional, Zoom, Meet, drive, almacenamiento en la nube, gestor de contenido, el waffle, mosaico de aplicaciones, ícono, por mencionar algunos. Debo aceptar que el no saber cómo se usaban, o desconocer su significado, me ocasionó un estrés severo.

Ahora bien, al no contar con las claves y correos de los alumnos para acceder a la plataforma Classroom, se nos permitió elegir el medio de trabajo; WhatsApp me había dejado un mal sabor de boca, así que elegí Facebook; sucedió lo mismo, no se respetaban horarios, las evidencias de los alumnos llegaban en desorden, tenía que saltar de la lista del grupo de segundo A al C o al F o de nuevo al A, y así hasta terminar de registrar las evidencias de todos mis alumnos. Esta labor era tediosa y cansada, aunado al hecho de que los y las alumnas no enviaban sus trabajos en las fechas estipuladas.

Finalmente llegaron las claves y correos electrónicos tanto del alumno como del profesor para poder acceder a Classroom, situación que nos condicionó (obligó) a trabajar en esta

plataforma. Pues bien, no lo hago. En primer lugar, porque ya tenía divididos a mis alumnos entre WhatsApp y Facebook, y pedirles que emigraran a Classroom sugería que no todos iban a tener las condiciones adecuadas para hacerlo, ya sea por falta de datos, un buen celular, computadora o desconocimiento del uso de esa plataforma. En segundo lugar, porque tener a los alumnos divididos en tres modalidades, implicaría para mí un trabajo más laborioso. En tercero, porque simplemente yo mismo no sabía navegar en dicha plataforma; y en última instancia, porque las actividades prediseñadas en esa plataforma estaban desfasadas o no coincidían con la programación que llevaba en ese momento.

Finalmente, se nos dio la oportunidad de seguir trabajando de forma libre y de planear nuestros propios proyectos. Generalmente los proyectos los planeo con quince días de anticipación, lo que me permite repasar, modificando o agregar información. Mis planeaciones son adelantadas, ocupo para ello las tardes o fines de semana, según se requiera.

Llegados a este punto, me permito mencionar los retos a los que tuve que enfrentarme durante la pandemia en lo que respecta a mi labor docente, y de los cuales, aseguro que mis colegas coincidirán con uno o más de ellos. Sin temor a equivocarme, creo que uno de los más relevantes tuvo que ver, precisamente, con la pérdida de la interacción cara a cara entre profesor y alumno, pues esta separación física repercutió en la comunicación efectiva entre ambas partes. Proporcionar mi número de celular significó sacrificar mi privacidad. Desconocer la tecnología, el uso y función de plataformas como Meet, Zoom o Classroom me daba miedo. Enfrentarme a la desigualdad tecnológica fue frustrante, pues mientras se nos pedía trabajar en línea, había alumnos que no disponían de un celular, internet, datos o computadora.

Otro reto fue invertir más tiempo para mi propia capacitación en el uso de APPs, un horario de trabajo más extenso y exhaustivo para revisar y planear con el uso de nuevas metodologías, enfrentarme a dudas constantes: ¿Cómo usar la tecnología dándole un enfoque educativo? ¿De qué manera involucrar a los alumnos en el trabajo en línea? ¿Cómo atraer su atención? ¿Cómo darles vida a mis clases? ¿Cómo propiciar el trabajo autónomo? ¿Cómo abatir la idea de que “aunque no trabaje, me van a pasar? ¿Cómo concientizar a los padres de familia para involucrarse en las actividades escolares de sus hijos?

No contar con herramientas y materiales para impartir las clases en línea me producía ansiedad. Tuve que realizar una curaduría de estrategias para seleccionar las que me parecían funcionales para esta nueva modalidad, tuve que ser más flexible, lidiar con pretextos y justificaciones al por mayor, enseñar a los alumnos a usar plataformas, buscar otras formas de evaluación que fueran sensibles a las necesidades de los alumnos en el contexto actual.

Este tiempo actual en el que se nos presentaron diferentes formas de ver la nueva realidad: como un paréntesis en lo que habíamos estado viviendo, como un tiempo perdido o como una oportunidad de aprendizaje. Desde mi experiencia como educador puedo afirmar que “todo es una oportunidad de aprendizaje”, que sin duda estamos viviendo un tiempo único y atípico, una crisis que debió significar una ocasión propicia para hacer un alto en nuestras vidas y replantearnos nuevos caminos, una oportunidad para visualizar el contexto de la pandemia como una experiencia de aprendizaje. No había otro remedio, había que “reinventarse”. Charles Darwin lo dijo: “No es la especie más fuerte la que sobrevive, ni la más inteligente, sino la que mejor responde al cambio”. Reinventarme, fue por mucho, uno de los mayores obstáculos en esta “nueva normalidad”, hacerlo era algo verdaderamente difícil, pues suponía dejar de lado quién había sido hasta antes de, afrontar cambios radicales, superar miedos, replantear ideas, conceptos, transformar objetivos, estructuras y comportamientos; ciertamente fue un reto complicado.

Ante los retos que se presentaban, había dos opciones: quedarme de brazos cruzados o “echar manos a la obra”; me planteé las siguientes preguntas: ¿con qué materiales cuento? ¿qué me falta?, ¿qué opciones tengo?, ¿qué puedo hacer o mejorar? Hecho esto, comencé por buscar tutoriales en YouTube sobre el uso de distintas apps, pregunté a mis alumnos, amigos y familiares cómo le hacían para poner efectos en sus fotos y videos que publicaban en Facebook; de esta manera aprendí a manejar InShot, Viva Video, B612, KINE MASTER, me animé a grabar mis clases y aprendí a crear pequeños videos con diversos efectos, filtros, texto y música de fondo. Fue complejo y requirió de mayor tiempo de trabajo, sin embargo, fue satisfactorio observar los resultados.

Una de las apps que conocí y que me proporcionó mayor organización en la forma de enviar y recibir las evidencias de mis alumnos fue WhatsApp Bussines, pues encontré en ella diversas bondades, como el poder instalarlo en mi teléfono a pesar de tener el WhatsApp tradicional, con la maravillosa opción de que los alumnos no pueden tener acceso a mi nuevo número particular. Esta nueva aplicación me ofreció la opción de

pre-diseñar mensajes de bienvenida y de ausencia automáticos, programar mensajes para realizar recordatorios, también me permitió el poder ordenar los contactos con etiquetas de colores, es decir, pude agrupar a mis alumnos (mis distintos grupos) por colores: el azul para 2A, el verde para 2B, etcétera, de tal manera que cada vez que recibía un mensaje de alguno de mis alumnos, podía identificar fácilmente a qué grupo pertenecía por el color de su etiqueta; pude tener mayor control de las llamadas, evaluar y hacer sugerencias a las evidencias, así como realizar video llamadas hasta con ocho alumnos a la vez. Sin duda, esta app me ayudó a tener mayor control de mis tiempos de trabajo, envío y recepción de evidencias.

Sin saberlo, la gran oportunidad de realizar una buena práctica educativa se dio cuando tuve que abordar el proyecto *“Las Narraciones desde México hasta tierra de fuego”*, que como práctica social del lenguaje sugería la “lectura de narraciones de diversos subgéneros”, y donde el aprendizaje esperado consistía en que los alumnos deberían leer y compartir cuentos o novelas de la narrativa latinoamericana contemporánea. Los productos sugeridos fueron los siguientes: Una tabla donde se rescatarían los principales elementos de un cuento, en base a la narración del cuento “El Almohadón de Plumas” del autor Horacio Quiroga, en voz del profesor de la asignatura; y un video breve donde se compartiría la narración de un cuento, por parte del alumno, usando elementos ingeniosos y creativos como títeres, marionetas, dibujos, guiñoles, actuación propia, etcétera.

Dicho proyecto estaba destinado para alumnos de segundo grado del “A” al “F”, en seis sesiones distribuidos en quince días, esto debido a que con la situación atípica que nos acontecía, no era posible encargar actividades diarias correspondientes a las cinco sesiones por semana que marcaba el horario de trabajo reglamentario (ello implicaba trabajo desmedido para los alumnos pues aunado a eso debían atender las demás asignaturas). Así que se optó por trabajar los lunes, miércoles y viernes de las 9 de la mañana a 2 de la tarde. Martes y jueves se destinaron para aclarar dudas, dar asesoramiento o llamadas con alumnos rezagados.

Cada proyecto por abordar imponía nuevos retos, así que, para emprender esta práctica social, después de cavilar por varios días sobre cuál sería la mejor forma de abordarlo, casi por iluminación, se me ocurrió rescatar un kamishibai que tenía



“guardado” y empolvado debajo de mi cama; estaba ahí guardado desde el año 2017, cuando cursé un diplomado de Salas de Lecturas en la ciudad de Durango, y en el cual se nos expuso el tema y las bondades de este artefacto. Recuerdo que en aquella ocasión quedé maravillado, así que de inmediato me mandé a hacer uno propio, con la firme intención de explotarlo al por mayor. Los años pasaron y el Kamishibai quedó en el olvido.

El kamishibai consiste en una forma de contar cuentos surgida en Japón, suele estar dirigido a niños pequeños, aunque también es utilizado como recurso didáctico. Está formado por un conjunto de láminas que tienen un dibujo en una cara y texto en la otra. Su contenido, generalmente en forma narrativa, puede referirse a un cuento o a algún contenido de aprendizaje. Como el texto está en la parte posterior de las láminas el kamishibai, siempre necesita un presentador o intérprete que lea el texto mientras los espectadores contemplan los dibujos. La lectura del kamishibai se realiza colocando las láminas en orden sobre un soporte, teatrillo de tres puertas que se llama «butai», de cara al auditorio, y deslizando las láminas una tras otra mientras se lee el texto.



Así pues, y sin dudarlo, rescaté el kamishibai de su exilio, lo desempolvé y tardé un par de días pensando en cómo sacarle el mejor provecho. Me hice de unas lámparas para mayor iluminación, elegí el cuento del “Almohadón de plumas”, busqué imágenes de apoyo para narrar la historia. Reduje la historia original lo más que pude, cuidando no perder la esencia principal del cuento, finalmente preparé el “set” de grabación con una tela verde para poder insertar imágenes de fondo al video.



Previo a la grabación del video tuve que practicar varias veces con el afán de dominar el cuento y evitar equivocarme lo menos posible. Una vez que comencé a grabar el video me equivoqué reiteradamente, ya fuera por los nervios, la pena de verme y escucharme o detallitos que se presentaban y que no habían sido anticipados, hasta que por fin quedó; lo último fue editar, insertar música y fondo. Sin duda, todo el proceso antes mencionado, de invertir tiempo en aprender a manejar nuevas apps, de preguntar con los mismos alumnos, de practicar haciendo pequeños videos, me llevó a poder realizar con éxito esta práctica educativa. Tuve la satisfactoria sensación que todo lo que involucró mi nueva reinención, por fin, había valido la pena.



Cabe mencionar que la realización del video en el que aparezco narrando el cuento del “almohadón de plumas” apoyándome del kamishibai; fue la actividad de cierre de éste proyecto que ya he descrito, sin embargo, previamente, y mediante audios, diapositivas, asesoramiento y la guía y comunicación continua con los alumnos, les di a conocer todo lo básico con respecto a los componentes de un cuento, como lo son: sus partes, tipos de personajes, narradores, tipo de final, etcétera.

Considero que esta práctica fue exitosa porque los resultados que obtuve fueron satisfactorios: los alumnos se involucraron, se emocionaron y enviaron trabajos de calidad donde se reflejó su esfuerzo y dedicación. Enviaron videos creativos y originales, mismos que me sorprendieron al observar los materiales que utilizaron para realizarlo: rejas de madera, cartón, muñecas, disfraces, calcetines, dibujos y diseños realizados por ellos mismos, incluso algunos echaron mano del diseño digital.



En la primera evidencia donde los alumnos tenían que concentrar e identificar en una tabla de dos entradas los elementos esenciales del cuento de “El almohadón de plumas”, expresando cuál era el tipo



de narrador, personajes, tipo de cuento y final, orden de los hechos, clímax, etcétera, la mayoría respondió acertadamente. De 210 alumnos, 187 atendieron la actividad, en comparación con otras estrategias que no fueron de mayor impacto para ellos.

El objetivo general de esta práctica educativa fue implementar el kamishibai con alumnos de segundo año para abordar la práctica social del lenguaje, “*Lectura de narraciones de diversos subgéneros*” y lograr el aprendizaje esperado “*Leer y compartir cuentos o novelas de la narrativa latinoamericana*”, y como objetivos específicos, me planteé que, al narrar un cuento utilizando el kamishibai, quería comprobar su funcionamiento como estrategia pedagógica, motivar a los alumnos a compartir sus propias narraciones, fomentar el gusto por la lectura y ayudar a estructurar y organizar textos narrativos.



Lo que considero que puede mejorarse de esta buena práctica es el practicarla de manera continua, cuidando de no caer en lo rutinario; agregaría que el profesor se caracterice usando el kamishibai, estudiar más a fondo sus bondades, su historia y documentarse para poder explotarlo al máximo. Podría mejorar la edición del video. Durante y después de la pandemia; seguir practicando y diseñando más cuentos para compartirlos a toda la comunidad, visitar preescolares, primarias, secundarias, usar YouTube y Facebook para su difusión.



Algunas recomendaciones que puedo hacer a otros maestros que quisieran utilizar esta estrategia sería que lean, investiguen y se documenten sobre el uso del kamishibai, que vean videos en YouTube de personas que también lo usan, que aprendan a modular la voz para que la narración de un cuento tenga mayor impacto, que pierdan el miedo y la pena de grabarse dando una clase. Animarse a salir de lo tradicional y experimentar con nuevas estrategias educativas. Dominar variedad de apps para la edición de sus videos, preguntar a familiares, amigos, alumnos. Pedir asesoramiento. En fin, darse la oportunidad de reinventarse como profesores.

Fomentar el deseo de los alumnos de tener éxito es un reto constante para los y las profesoras. La motivación forma parte medular en el proceso de aprendizaje, y por lo mismo surge la necesidad imperante de contar con prácticas exitosas para poder llevarlas a cabo. Por ello, no quiero terminar el presente escrito sin mencionar lo importante que fue la participación de mis alumnos en este proyecto, sus características particulares como estudiantes y como seres humanos contribuyeron, en gran medida, a que esta práctica educativa fuera verdaderamente exitosa. Entre algunas de sus características puedo mencionar que son jóvenes que les gusta participar, que les gustan los retos y que aprendieron a trabajar de forma autónoma, alumnos con seguridad en sí mismos, responsables con sus trabajos escolares, adolescentes que sienten curiosidad, son competitivos, siempre quieren lograr los mejores resultados y por lo mismo, les agrada que se les reconozcan sus logros. Todo este cúmulo de características, implicó un desafío como docente, que me orilló a buscar nuevos caminos para lograr que esa interacción de aula no se perdiera, a pesar de la distancia física que significó el estar trabajando en línea.

Finalmente, quiero agregar que, como docentes, la experiencia que estamos viviendo no nos puede dejar indiferentes. Debemos atrevernos a pensar lo que ésta pandemia puede dejarnos como aprendizaje a cada uno de nosotros y, sobre todo, aprender a valorar lo realmente importante; *“lo esencial es invisible a los ojos”*, frase del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry, que significa que el verdadero valor de las cosas no siempre es evidente. Nuestros alumnos poseen capacidades y aptitudes que no se pueden ver a simple vista, por lo que es necesario darles un empujoncito, y a nosotros, como profesores, nos corresponde la fantástica tarea de descubrir esos talentos tan asombrosos.